

Una herencia inesperada

Luis, un Ingeniero constructor, santiaguino, recién titulado, se sentía lleno de entusiasmo por comenzar su carrera. Tenía muchas ideas para iniciar una empresa, pero no disponía de capital. Mientras buscaba la forma de emprender, sorpresivamente recibió la noticia de que un familiar, un abuelo que nunca conoció, le había dejado una herencia. Para recuperarla, tendría viajar al norte de Chile. Le comentó a sus amigos Leo y Rob, para que le acompañaran en su viaje.

Luis desconocía que trataba la herencia, pero sus amigos lo motivaron para emprender la búsqueda, argumentando que si la herencia resultaba ser nada, de todas formas les serviría para despejarse y conseguir inspiración. Viajaron en bus, el día entero y toda la noche. Al amanecer descendieron con las piernas adormecidas, pero con esa frescura y ánimo que da la juventud. El conductor les advirtió que ese viejo pueblo que ellos buscaban, quedaba lejos aún y apartado de la carretera, al suroeste de Pica. Por lo cual deberían continuar el camino a pie.

El desierto nortino se desplegaba sin límites haciendo el caminar lento y exhaustivo. El sol les ardía fuerte en la piel. Era como estar en otro planeta, donde se hace imposible ver otro ser humano, menos algún medio de transporte. Estaban como en medio de la nada, rodeados de montículos filosos casi transparentes y salinos.

Lo más extraño fue ver en el camino, hormigas afanosas y más de alguna lagartija corriendo rápido como si tuvieran una misión muy importante que cumplir. Además, uno que otro cactus con flores hermosas que los jóvenes admiraron consternados.

Miren, dijo Luis, casi gritando. Allá en la lejanía diviso una silueta de hombre. ¿Cómo puede estar allí con este calor?. Debe ser de otro planeta opinó Leo, asombrado de lo que sus ojos veían. Realmente compadezco quien pueda vivir en estas soledades ardientes. Lo más probable es que esté muerto, dijo Rob. Los jóvenes amigos, habían caminado por horas y comenzaron a pensar que veían alucinaciones.

De la tierra abrasada salían oleadas de calor, que los hacía sentir, como si el desierto los estuviera cocinando lentamente. Son espejismos, debe ser producto de la puna dijo Luis, y agregó: Me advirtieron que esto pasaría, pero no lo creí.

Esto los atemorizó, porque no disponían de suficiente agua, pero siguieron caminando lentamente para no alertar al supuesto hombre. Para empeorar la situación, unos cuervos comenzaron a volar en círculos sobre sus cabezas, emitiendo feroces graznidos, intimidándoles el alma. Luis dijo: No tengan miedo, debe por ese infortunado que de seguro debe estar muerto.

En ese momento su espíritu de aventura, se vio disminuido y sólo pensaban en llegar lo antes posible al pueblo que aún no se divisaba. Mientras oteaban a la lejanía, hacían hipótesis y diferentes teorías entre ellos sobre sobre la posibilidad de quedar enterrados en ese desierto. Para animarles Luis les dijo: Si tal herencia es una fortuna, nos haremos ricos. Levantaremos empresas, modernizaremos el pueblo, el transporte y seremos las autoridades del lugar.

Los jóvenes rieron algo aturdidos. En ese momento comenzaron a escuchar una música extraña en cuanto se acercaban al hombre. Entonces se percataron de que

no estaba muerto, aunque lo parecía. Atraídos por eso se fueron acercando muy despacio.

El hombre, que no era más que un anciano pequeño con piel como de pergamino, emitió un gruñido, sin mover un solo músculo, lo que dejó a los muchachos sin aliento, tratando de explicarse, cómo un ser tan pequeño podía emitir un sonido tan espantoso.

Se acercaron lentamente. Observaron que el anciano tenía un pequeño instrumento. Seguramente con el que el hacía música.

Y en la mano sostenía un tronco de cactus enorme que usaba como una especie de parlante. Tenía las piernas cruzadas como un yogui y la cabeza inclinada a tierra, por su boca se escuchaban palabras extrañas, como recitando una especie de mantra.

Los jóvenes amigos estaban temerosos de hablar al anciano y de sacarlo de su particular estado. No sabían si despertarlo o no de su meditación. En el momento, imaginaban que se enojaría y que les lanzaría algún maleficio. Al continuar observando, descubrieron que en el lugar había tres morrales cargados con semillas comestibles y garrafas de agua.

En ese momento, los jóvenes miraban, deseando beber el agua, cuando de improviso el anciano se enderezó y dijo sin mirarlos. Enhorabuena, te esperaba Lisandro. Se refería a Luis, que sintió una confianza familiar al escuchar que el anciano sabía su primer nombre.

El espíritu de tu padre me advirtió de tu regreso, dijo el anciano. ¿Regreso? preguntó Luis. ¿Quiere decir que yo nací por aquí?. Si, contestó el anciano, agregando, tu taita está feliz porque dice que tú vas a terminar la obra que él intento realizar. Si no haces lo que te indico, la maldición, que dejó el brujo extranjero caerá sobre ti y este pueblo. Deberás liberar la fortuna que el brujo extranjero no pudo llevarse a su país cuando tu taita no se lo permitió por traidor.

Tu padre lideraba la expedición de las minas del pueblo de Oro viejo, que está abandonado a ocho kilómetros de aquí. El intentó modernizar el lugar, traer adelantos para que todos pudieran vivir felices. Pero el brujo extranjero los engañó y quiso huir con el oro encontrado en la mina. Ambos murieron ese día aplastados, uno intentando robar la fortuna y el otro soñando traer prosperidad al pueblo.

Desde entonces ese pueblo continúa en el abandono. Alguien te va a indicar el lugar donde se encuentra la fortuna. No debes sentir ambición, hay suficiente para que todos los que obren de buena fe en ese lugar sean felices.

Luis se quedó perplejo, intentando digerir lo que el anciano contaba. El anciano adivinando sus pensamientos, apuntó los morrales y dijo: A beber y comer, no permitas que las dudas te detengan. Tus parientes fueron respetados y sé que tú cumplirás la promesa. Todos te van a seguir. En ese instante los jóvenes se volcaron a saciar su sed y hambre. Estaban tan exhaustos que sin percatarse cayeron rendidos de sueño. Cuando despertaron el anciano ya no estaba.

Los jóvenes quedaron paralizados sin saber que pensar, lo único que les aseguraba que habían visto al anciano, eran los morrales y garrafas de agua.

Tenían en frente un camino desolado por recorrer, como astronautas en la luna. Tomaron el poco valor que les quedaba, sintiendo que la curiosidad les empujaba a avanzar, para saber si todo esto que habían vivenciado era real.

Cargaron los morrales con temor a que desaparecieran. Luis tomó la decisión de retomar el viaje sin importar si más tarde nadie le creyera semejante historia.

En fin, dijeron sus amigos. Nosotros hemos escuchado muchas historias de fantasmas y tesoros etc. y nadie los cree. Vamos a ver, dijo Luis, mientras mantenía los ojos fijos mirando la lejanía. Partieron resueltos a contribuir con la especial misión. Vestir ese desnudo pedazo de desierto y convertirlo en un exótico oasis.

Una inmensa luna les sonrió en lo alto. Tratando de orientarse siguieron caminando bajo un cielo estrellado. Con esa luna esplendorosa nada puede pasarnos, dijo Leo para darle valor a Rob, que se quejaba de cansancio y calambre en las piernas.

Llevaban más de veinte horas caminando sin detenerse y decidieron encontrar un lugar para descansar. La noche fresca les renovó las fuerzas. Luis nuevamente divisó algo en la distancia, era una figura tan alta como de tres metros según sus cálculos. Otra vez un fantasma, gritaron al mismo tiempo los tres. Cuando le alcanzaron, se dieron cuenta que les superaba en más de un metro de altura. Luis preguntó a lo que parecía ser un espectro, dónde se encontraba el pueblo de Oro viejo.

Grande fue el asombro cuando el espectro se inclinó para observarlos. Tenía el cráneo blanquecino y sus cuencas de ojos estaban vacías. Este les contestó como un ventrílocuo. Cruzando esa duna hay un laberinto, que deben cruzar de espaldas.

No pueden mirar de frente de lo contrario se perderán y el pueblo de Oro viejo no les conocerá. El espectro siguió su camino levitando a veinte centímetros del suelo, perdiéndose en la brumosa noche lunar.

Tras pasar la duna, apareció un laberinto de roqueríos con millones de mariposas multicolores que volaban sobre las aguas cristalinas de un riachuelo. Al cruzarlo había una caverna de por lo menos veinte o treinta metros de profundidad con una escalera de arena brillante. Al mismo tiempo algo les detuvo sin saber por qué. Se dieron vuelta y comenzaron a descender como se les había indicado.

Esto resultaba divertido y preocupante al mismo tiempo. Cuando llegaron abajo, se encontraron con un espectáculo increíble, un banco de arena dorada. Lo rodearon hasta llegar a una pequeña playa abandonada, con implementos antiguos con carros de mina llenos de rocas de oro y plata.

Más allá se encontraron con un muro con cadenas incrustadas por las cuales treparon sin pensar. Al llegar arriba descubrieron un sol naciente alumbrando un pueblo dormido. Luis junto a sus amigos, leyeron un cartel de enormes tablones que decía: Bienvenido al pueblo de Oro viejo.